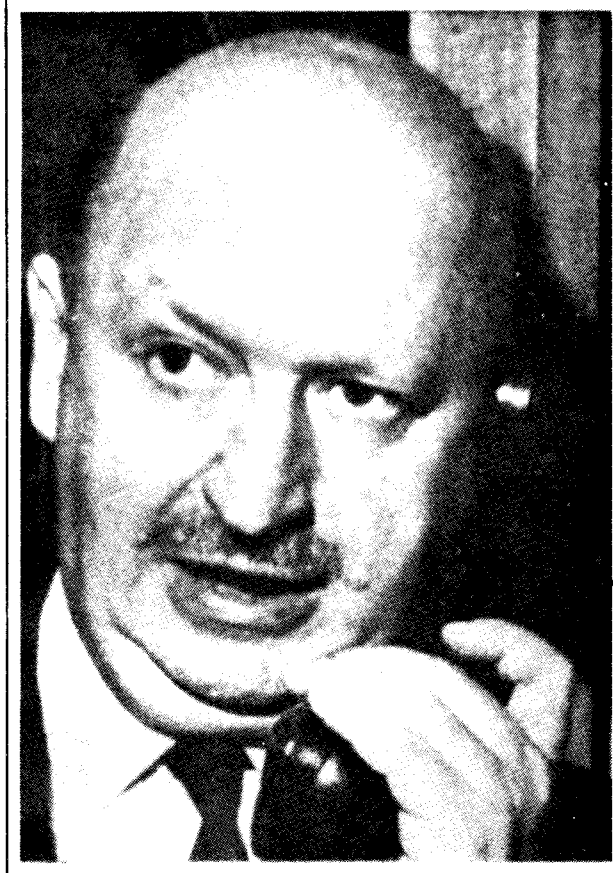


EL HOMBRE DE LAS GRANDES ALAMEDAS

Volodia Teitelboim. Abogado, escritor, senador, dirigente y figura nacional del Partido Comunista de Chile.



Tengo a la vista la fotografía de cuatro soldados sacando de La Moneda incendiada, envuelto en un poncho, el cadáver de Salvador Allende. Diez años después, ¿llegó la hora de poder decir en Chile toda la verdad a su respecto?

Quisiera testificar algo sobre él, en vista que nuestra relación personal y política duró casi cuarenta años. Se hizo más directa a partir de 1952, cuando Allende militante del Partido Socialista, se negó a apoyar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, que como se sabe, había sido en Chile un dictador militar, derrocado el 26 de julio de 1931 por un gran movimiento de Protesta Nacional. No olvidaba que bajo ese régimen tiránico, perseguido por la policía como dirigente estudiantil subversivo, durante los funerales de su padre, donde apareció intempestivamente, él había jurado dedicar su vida a la lucha por la libertad, la democracia, la emancipación de los trabajadores. Incluso sostuvo allí que sería capaz de ofenderla por esa causa. Tenía la cualidad del gesto grande y se inspiraba en el gesto de los grandes. Tal vez en Bolívar subiendo al Monte Aventino para prometer no darse pausa de reposo mientras no quebrara

las cadenas del poder extranjero. Quizás en Balmaceda. Acaso en el Che.

Fue entonces candidato del Frente del Pueblo. Como secretario general de esa campaña, debimos acompañarlo incluso a los puntos más apartados del país. ¡Qué postulación tan pobre! No eran pocos los que la apodaban con un mote que estimaban despectivo: saludo a la bandera. Si. No se vendía la bandera en el mercado del éxito, al precio de sacrificar los principios. Así era él.

Repudiaba el golpismo. Sustentaba que la democracia, una democracia que entendía en su sentido prístino: gobierno del pueblo, no podía ser inmolada en el altar de las conveniencias, llamando o inclinándose ante el gendarme necesario. Y entregó su vida por esos ideales.

Demócrata medular, tenía algo de su bisabuelo paterno, guerrillero por la independencia de Chile, de su abuelo Ramón, médico y senador radical, "El Rojo Allende". Se formó en ese ambiente familiar. Adolescente, se embebió en la lectura actualizada de la revolución francesa. Pero como hombre de su tiempo, no podía ni quería ignorar los cambios acaecidos, la nueva revolución que sacude el siglo XX. Se integraría totalmente a su signo. Ser contemporáneo era

Análisis, Suplemento núm. 3, Santiago, 1983.

para él ser socialista. Se adentró en el marxismo. Estudió las diversas revoluciones producidas en cuatro continentes. Aprendió de todas y propuso para Chile un camino hacia la sociedad justa con que soñaba, la cual, acogiendo contenidos universales, adoptaría formas propias.

Pensó en una transformación social de fondo, realizada por un gran movimiento de millones de chilenos, que pasara por las urnas, haciendo del voto título legítimo y constitucional que refrendara una revolución verdaderamente en libertad y democracia. Nadie puede negar, si se atiene a los hechos, que fue un pluralista decidido. Bajo su gobierno actuaron en Chile sin limitaciones todos los partidos. Según la certera ironía de Luis Corvalán, el nuestro era entonces el único país del mundo donde la oposición perseguía al gobierno. La libertad fue tan sin cortapisas que los que preparaban el golpe la convirtieron en libertinaje. ¿Y quién honestamente puede desconocer que Allende cayó defendiendo la legalidad, la constitución, la democracia y la libertad de Chile?

Quería, eso sí, una democracia para el cambio. Y esto no lo aceptaron los señores del status y los políticos del inmovilismo. Todo el mundo sabe que para impedir su acceso a la Moneda incluso se asesinó al Comandante en Jefe del Ejército. Luego, a fin de derrocar al Presidente legítimo, se recurrió al violentismo más desenfrenado.

Hablando de modo muy directo, Allende pagó con su vida la nacionalización del cobre, del salitre y el hierro. Las grandes compañías afectadas montaron la conspiración desde el mismo día del triunfo en las urnas. Para aquel que sinceramente quede sorprendido por esta afirmación, le decimos que todo ello está acreditado con una montaña de pruebas, contenidas en tomos y tomos de documentos del Senado de los Estados Unidos, el cual realizó, bajo la presidencia del demócrata Frank Church, una acuciosa investigación que no deja lugar a dudas respecto a la paternidad norteamericana de la conjura. Las reuniones en Washington —algunas de las cuales contaron con la participación de Agustín Edwards— se originaron en la orden del presidente Nixon de no pararse en medios para derrocar a Allende.

El plan aprobado en la Casa Blanca dio la pauta a la contrarrevolución en todas las áreas... El objetivo era: “asegurarse que Allende no pase los cruciales próximos seis meses”. Nuestro país fue inundado por dólares negros que servían para pagar todos los trastornos. Se montó al detalle la desestabilización, la especulación, el ocultamiento de alimentos; se organizó el caos mejor programado. Y luego se lo achacó al gobierno. El complot político, económico, publicitario, institucional delineado en USA se aplicó como si fuera una receta local, usando hombres nacidos en esta tierra.

La máquina propagandística del golpismo repetía un estribillo: “estamos al borde del abismo”. Siempre al borde... Hasta que alguien ordenó dar una paso al frente y el país cayó efectivamente al abismo.

Quiso el acuerdo con la Democracia Cristiana

Se ha hablado muchísimo sobre un supuesto sectarismo de Allende. En verdad, alentó el propósito de un acuerdo con la Democracia Cristiana. Se esforzó largo tiempo por lograrlo. Apenas triunfante en las urnas, suscribió las denominadas Garantías Democráticas. Trabajó contacto con la dirección demócratacristiana entonces encabezada por el senador Benjamín Prado, para delinear en conjunto las concordancias. Si se estudian los programas de las candidaturas presidenciales de Salvador Allende y Radomiro Tomic se advertirá que existía base para un consenso constructivo. Hubo adversarios de tal entendimiento tanto en la Democracia Cristiana como en la izquierda. El Partido Comunista lo estimaba altamente conveniente; más aún indispensable. En la obra “El Hermano Bernardo”, recogida por Otto Boye, y publicada en separata por la revista Análisis, se evocan a través de un actor y testigo abonado, el demócratacristiano, ex-presidente de la República, Bernardo Leighton, algunas de aquellas tentativas en tal sentido, emprendidas tanto por el Presidente Allende como por el General Carlos Prats, por destacados demócratacristianos y hombres de la Unidad Popular, incluidos varios ministros comunistas. Hubo momentos en que el acuerdo pareció a punto de cuajar. Pero prevaleció, desgraciadamente para el país, un oposicionismo ciego, movido por cálculos equivocados, que hizo el juego a la maquinación extranjera y el salto sobre el vacío tenebroso.

Allende nunca fue un chovinista. Para ser preciso digamos que tenía la obsesión justa de la patria. En Chile la nomenclatura de las coaliciones políticas en el siglo XX ha sido pródiga. El prefería, por su connotación, una que nunca existió en nuestro país: El Frente de la Patria. Soñaba con la unión de todos los que deseaban el cambio social, fueran marxistas, cristianos, librepensadores.

No aceptaba ninguna autocracia; tampoco, desde luego, la castrense. Pero no era un antimilitarista. Juzgaba necesario integrar las Fuerzas Armadas al proceso de desarrollo del país. Durante su gobierno les brindó un trato cuidadoso y atento. Fue celoso en la observancia de su institucionalidad. Suscribía la Doctrina Schneider, de un ejército constitucionalista, respetuoso del poder civil. Admiró en Prats y en otros generales patriotas la concepción del militar al servicio de Chile. No consideraba las Fuerzas Armadas un compartimento estanco. Aparte de la misión de defender el país en caso de agresión extranjera, las concibió elemento activo para su emancipación económica, un valor eje de la soberanía. Jamás aceptó la falaz doctrina de una mal llamada Seguridad Nacional, que no es fórmula chilena, sino engendrada en Alemania nazi, patentada por el Pentágono para imponerla en América Latina, con el presupuesto monstruoso de que el enemigo de Chile no es el que ataque sus fronteras, permita su saqueo o conduzca a la ruina al país, sino su pueblo.

“Admiraba a los leales. No le gustaron nunca los traidores”.



Murales pintados para la campaña de 1964, borrados por la Junta en 1973 y que reaparecen el año 1979. Santiago, 1979. (Foto Marcelo Montecinos)

Admiraba a los leales. No le gustaron nunca los traidores. No quiso ser un González Videla que, elegido presidente, sobre todo por el apoyo de los comunistas, los ilegalizó en los años de la Guerra Fría, se coludió con el imperio, anunció la Tercera Conflagración Mundial a tres meses plazo; dictó la "Ley de Defensa de la Democracia"; abrió el campo de concentración de Pisagua y borró a 30 mil chilenos de los registros electorales. Allende profesaba el culto de la fidelidad cívica. Sustentaba la concepción de la responsabilidad histórica, que pasaba por el autorrespeto a su dignidad personal.

Socialista convencido, no ocultó su simpatía por los pueblos que se habían sacudido del capitalismo a partir del triunfo de la Revolución de octubre. Víctima directa de la conspiración imperialista, Allende luchó siempre por la segunda independencia de América Latina. Fue un amigo resuelto y franco, un defensor permanente de la Revolución Cubana. Ella, por razones históricas bien determinadas, siguió un camino que se ejemplifica en el Moncada y la Sierra Maestra. Allende estimó que en Chile el camino era distinto: pasaba, a su juicio, por las urnas. Las urnas le dieron en 1970 la victoria. Pero tres años más tarde la fuerza sin la razón se impuso a la razón sin la fuerza. Es una lección de la historia sobre la cual los chilenos han tenido una década para reflexionar. La democracia, la Libertad deben saber y tener con qué defenderse. En caso contrario, ellas serán arrolladas una y otra vez por sus enemigos.

Vigencia actual de su último mensaje

No estoy seguro que todos los chilenos sepan que a través

del mundo se han erigido a Allende centenares de monumentos. Innumerables calles y plazas, numerosas escuelas y hospitales llevan su nombre. A partir de su derrocamiento Allende se ha transformado en una leyenda contemporánea en un héroe de nivel mundial. ¿Por qué? Porque es un símbolo. El símbolo de la democracia, de la libertad, de la revolución que, con ellas y a través de ellas, accionada por la voluntad del pueblo, quiso llegar a la justicia social, suprimir la explotación del hombre, asegurar el pan, el trabajo, la habitación, el derecho a la salud, a la educación, a la participación de todos en la dirección del estado y de la sociedad. Tal programa (lo visualizó como algo más que un noble sueño) es un propósito compartido por los espíritus democráticos de cien países marxistas y no marxistas. Explica la fuerza de ese movimiento solidario mundial, casi sin paralelo, que durante diez años, ininterrumpidos ha llenado primero de estupor y desconcierto y luego de rabia e impotencia a los que menospreciaron la capacidad de indignación de los pueblos ante la destrucción a sangre y fuego de valores universales irrenunciables.

Los del exilio hemos podido palpar la solidaridad internacional. Ella quiere ser sobre todo apoyo a los que adentro padecen persecución y luchan. En el destierro siguen todavía incontables familias chilenas hechas pedazos, miles de ellas separadas y divididas. En el ostracismo están aún la infatigable viuda de Salvador Allende, dos de sus hijas, Otra, así como su hermana Laura, ya no están en el exilio, no porque pudieran regresar sino porque se fueron de esta vida afectadas por el duro extrañamiento.

El allá, o sea, el Chile de adentro, es la preocupación cotidiana de los chilenos que están afuera. Hasta ahora han sido autorizados para volver menos del 1% de ellos.

¿Cuál es el sentir del exilio? Vivir, sobrevivir para tra-

bajar por la libertad de Chile. Aunque hay demasiados motivos para inquietarse, en su conjunto éste no se deja ganar por el desaliento. Combatir por la libertad de Chile es una tarea diaria de los compatriotas desterrados.

El Partido Comunista que apoyó a Allende en sus cuatro postulaciones presidenciales, aceptó su proposición de formar parte del gobierno. Lo hizo en términos modestos, dos o tres carteras, que nunca fueron las del Interior, Relaciones Exteriores ni la de Defensa, lo cual demuestra, de paso, que el slogan presentando el suyo como un gobierno comunista constituye una mentira. Participaban en el ministerio todos los partidos de la Unidad Popular. En varios gabinetes hubo representantes de las Fuerzas Armadas, hecho probatorio que Allende nunca fue para ellos la madrastra que les reservara un trato de Cenicienta. Por supuesto, no se servía al gobierno sólo en el gabinete. Era el pueblo entero quien debía incorporarse a la tarea. Millones de chilenos, lo hicieron con abnegación, respaldando un régimen que sentían entrañablemente suyo.

Allende tenía una personalidad asequible y orgullosa a la vez. Nunca fue un títere de nadie. Queremos dejar constancia que la relación entre el presidente y el Partido Comunista fue cordial y de mutuo respeto. Se basaba en la observancia del programa. Naturalmente hubo muchas discusiones para encontrar la solución más adecuada a los críticos problemas de la época. Coincidimos en todo lo fundamental. Como partido en el gobierno abogamos siempre por la amplitud, el realismo económico y la consecuencia política. Rechazamos los extremismos, el intento de impulsar líneas contradictorias, el afán de ruptura y precipitación, quemando etapas que empujarían las capas medias al campo de la contrarrevolución. Se ha dicho que el gobierno de Allende fue condenado a desaparecer no tanto debido a sus errores —que existieron, sin duda— sino a causa de la magnitud y profundidad de sus realizaciones históricas, sobre todo el reintegro al patrimonio nacional de las riquezas fundamentales de Chile, la culminación de la Reforma Agraria iniciada en el período de Frei, la adopción de una política internacional independiente, que no agradó el Departamento de Estado. Toda medida en favor del pueblo se convirtió en un cargo acumulado para la condena sin atenuantes y fue motivo de enconadas calumnias. Hasta el inocente, humano y frugal medio litro de leche para los niños o la bajísima tasa de cesantía se transformaron en objetos de befa y guerra psicológica. “Juntar odio” fue la consigna impartida públicamente, en primera plana por la conspiración exterior-interior desde sus diarios. Se trataba de traumatizar al país, de obnubilar la conciencia. Es otra lección que debe ser asimilada. La responsabilidad de una televisión, de una prensa escrita y radial, algunas de cuyas empresas, como “El Mercurio”, recibieron coimas de millones de dólares (dato establecido con cifras por el senado de Estados Unidos) para contribuir a derribar ese gobierno de los despoñados.

A la luz de todo lo ocurrido, adquiere, a nuestro juicio, cierto cariz profético de la última alocución de Allende. “Pagaré con mi vida —dijo— la defensa de principios que son caros a esta patria...” Pero, en justicia, no debe considerarse un postrer mensaje como documento de derrota sino de esperanza y de lúcida visión del futuro. ¿Acaso los hechos no le están dando la razón? Allende, en ese momento

de la suprema despedida, se dirigió especialmente a los trabajadores. “Quiero agradecerles —subrayó— la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empujó su palabra en que respetaría la constitución y la ley, y así lo hizo”. Salta a la vista que cuando el tiempo madura los trabajadores asumen un primer plano. En el país las cosas comienzan a cambiar en serio, sobre un trasfondo de crisis total del sistema imperante. Ahora los trabajadores, pobladores, estudiantes —y a ellos se va sumando casi entera la sociedad civil— toman el toro por las astas. Convoacan a decir ¡basta! a todos y a cada uno, como lo hizo el pueblo, según cuenta Lope de Vega, en Fuenteovejuna.

Ese multitudinario reclamo de los chilenos no es simplemente espontáneo. Surge de la necesidad más imperiosa. Responde a una conciencia, a una historia, a una acendrada costumbre de libertad y democracia, desarrollada a lo largo de más de un siglo, que nunca desapareció del alma del pueblo ni murió con la muerte de Allende. Ese sentir profundo, esa manera de ver la vida no sucumbió aunque durante años permaneciera en silencio y sólo la Iglesia parecía ser “la voz de los que no tienen voz”.

Hoy ese pueblo rebelde a la injusticia ensaya métodos de acción que no van más lejos que las enseñanzas de teólogos famosos, la Constitución de los Estados Unidos o la Carta Universal de los Derechos Humanos. Ansioso de ser libre y ciudadano, busca los medios y caminos adecuados para lograrlo. A su juicio, no puede haber oposición de primera, segunda o tercera clase. Su idea es no excluir a nadie que anhele el fin de la anormalidad. Una vez alcanzada la libertad, los chilenos podrán decidir democráticamente por sí mismos qué gobierno, qué sociedad quieren.

En sus palabras de adiós Allende puntualizó que los procesos sociales no se detienen. En su ausencia ojalá interpretemos bien su pensamiento. Si Allende viviese seguramente no se empeñaría en repetir al Allende que cayó hace diez años. Ninguna existencia, ningún hombre, ninguna experiencia de la sociedad pueden reproducirse una segunda vez, como si se tratara de proyectar de nuevo un film ya exhibido. Nadie entre nosotros piensa reeditar el período de la Unidad Popular, sino continuar la historia en una fase diferente. Pero hay que tener en cuenta el acontecer vivido y sufrido, porque aquel que pretenda ignorar el pasado, prescindirá de sus útiles enseñanzas. Los pueblos no son como Peter Pan, el niño que no quería crecer. Los hombres y los pueblos están destinados a crecer. Hay que avanzar con las realidades actuales para poner al país a tono con un siglo XXI que ya está a la vuelta de la esquina.

Ninguna hada madrina conseguirá que Chile sea como una nación que un día se durmió, tuvo una larga y sangrienta pesadilla y despertó del maleficio para volver al momento anterior de sumergirse en el sueño. Nadie podrá retornar al país a un lejano 10 de septiembre de 1973. Nadie podrá resucitar los muertos.

Un pueblo que no quiere venganza pero anhela justicia mira hacia adelante, para abrir, entre todos los que estén dispuestos a ello, “las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”, como lo propuso de viva voz Salvador Allende segundos antes de caer inmolado.